

LOS AGUJEROS DE LAS TERMITAS

Jesús Gordillo



«A Marina, que sujeta mis demonios».

PRIMERA PARTE



Capítulo cero

No entiende de geología, biología, ni ciencia, pero está seguro de que las habitaciones no crecen debajo de los árboles. Por eso, cuando la grúa arranca el tocón de aquel viejo pino muerto, arrastrando consigo trozos de muro enredado en sus raíces, sabe que no es natural que el sol dibuje baldosas y unas sucias escaleras que se adentran hacia el interior de la tierra.

Su mente —lenta en acciones cotidianas y perezosa en esencia— es rápida como un rayo para temas picarescos, por lo que el jardinero no duda ni un segundo antes de coger un tablón de madera, ponerlo sobre el agujero y empezar a echar lentas paladas de tierra.

En el momento en que el conductor de la grúa llega hasta él, la tabla está oculta bajo la piel de ese parque sin nombre en pleno centro de Madrid, como si realmente nunca hubiera aparecido. Pero el aroma de años escondidos y barro incrustado en las grietas sigue flotando en el aire mientras se enciende un cigarro.

Por encima, ondea una nube de humo. Por debajo, un montón de promesas ambiciosas.

Capítulo uno — Amadeo

1

Mira detenidamente el pequeño peine de plástico negro y piensa que pocos imperios comenzaron con tan poco. Lo saca despacio de su envoltorio de celofán, saboreando la mezcla de aromas que emana del envase. Casi cree ver reflejado en el espejo del baño un etéreo y vaporoso halo de misticismo, que lo convierte en objeto ritual pese a ser un simple producto de higiene personal comprado en el colmado de la esquina. Pero es innegable que huele a cosas, y de no ser por la eterna pose de tipo duro que se empeña en mostrar —incluso en la intimidad—, quizá hubiera sonreído. Huele a goma. Quizá a talco. Puede que a jabón. Pero, sobre todo, huele a nuevo. A vida nueva.

Lo acaricia despacio, deslizando la yema de los dedos sobre la flexibilidad milimétrica de sus púas, antes de ponerlo bajo el grifo. Es solo un peine, pero es importante. Se trata del primer objeto realmente suyo desde que abandonara ayer mismo la cárcel.

—Un imperio, joder —le dice a su reflejo—. Tampoco pido tanto.

2

En contraste con su espíritu, la ciudad rejuvenece. El asfalto ha perdido arrugas y personalidad en su tono de piel. No piensa en tiempos mejores, porque sabe que no existieron, pero añora esos años en los que perteneció a la calle. Era un orgullo difuso, casi lamentable, pero orgullo al fin y al cabo. Mientras recorre adoquines, a ritmo

de expresidiario, va reconociendo rincones, fechorías, mala vida. Y empieza a sentirse mejor. Cuando el barrio viejo le devora, respira libre por primera vez desde que saliera. Nuevas putas. Nuevos chulos. Nueva chusma. Pero el lienzo es el mismo, y allí se siente seguro.

—No me jodas —susurra, divertido.

El viejo bar Europa se ha maquillado de fulana. La nueva tendencia a invadir los malos barrios para pubs de diseño ha alcanzado su refugio. Lo ha devorado como una bestia de modernidad, y ha escupido aquel local de grandes ventanales, donde dos chicas jóvenes le miran a través del cristal como si fuera él quien estuviera encerrado y ellas, espectadoras de un zoo. Entonces entiende que en eso consiste. En acercarse al peligro desde el café o desde el taxi, pero sin llegar realmente a pisar la realidad.

En ese momento, se siente profanado, violado de un modo distinto. Invadido en su propio mundo. Trata de leer el nombre del nuevo negocio, pero la tipografía de la letra le aburre. No le apetece descifrar por qué el rabo de lo que parece ser una «A» se alarga hasta el infinito; bastante tiene con soportar las miradas de aquellas dos niñas estúpidas.

—A tomar por culo —dice, mientras cruza una puerta con el aluminio pintado de color morado.

De haber conservado algo del sentido común perdido durante su vida, se habría dado cuenta, nada más ver un sofá con plumas en el respaldo, que aquello es una pésima idea.

—Chico. Ponme una cerveza y un chupito de güisqui.

La cerveza le apetece. El güisqui lo mitificó en la cárcel.

—¿Alguna marca, caballero? —pregunta el camarero con una educación irritante.

El chico viste una pequeña camiseta negra de mangas cortas. Durante una décima de segundo, un *piercing* aparece adherido a su ombligo, lo que consigue encenderle todos sus fuegos.

—Me da igual, joder —dice sin elevar el volumen, solo la violencia—. Una cerveza y un güisqui.

El joven le mira despacio, seguramente sopesando el peligro de aquel tipo salido de otra época, y al final opta por ignorar el comentario.

—Una cerveza y un chupito de güisqui —acepta, masticando orgullos.

Se da la vuelta para preparar las bebidas.

—Puto maricón —susurra Amadeo, en ese tono justo y discreto que le permitiría negarlo llegado el momento.

El camarero prefiere no oírlo.

Cuando le ponen delante el alcohol, el fuego se apacigua. El licor le decepciona, pero la cerveza le aclara. Se permite el privilegio de olvidar su plan por un segundo, e intenta localizar la ruta que seguirá el güisqui hasta alcanzar sus neuronas. La música del local es suave y relajante, interpretada con instrumentos imposibles. El sonido le recuerda bastante a una nave espacial, pero aun así disfruta de ella. Las chicas le siguen mirando entre susurros, pero es lo suficientemente inteligente como para saber que no tienen ningún interés sexual hacia él. Aunque de buena gana se follaría a las dos ahora mismo sobre la barra.

Bebe tranquilo y piensa poco. Se siente libre, guerrero. Tiene que ponerse en marcha cuanto antes, pero de momento pide otra cerveza. No todo va a ser trabajar en esta perra vida.

3

Se sacude los fantasmas antes de que le acorralen. Ha aprendido a hacerlo en la cárcel a base de masticar la mala conciencia. Los remordimientos se retiran —vencidos ante una mente sibilina, armada con inconsciencia disfrazada de filosofía— y ahora consigue espantar las culpas sin siquiera parpadear el alma. No ha terminado la cerveza cuando su mente da un manotazo a una idea que le acosa desde hace rato: no ha pisado un bar desde el día en que le detuvieron. «Él se lo

buscó». Prácticamente la Biblia de todo preso entre rejas. Una oración tan familiar en la cárcel que se confunde con los propios barrotes. Casi parece un hechizo para una quema de brujas. «Él se lo buscó».

En ese momento, repara en que no lleva dinero. No recuerda haber saldado su cuenta de crédito del bar Europa, pero contaba con pedir una ampliación hasta que las cosas mejoraran. Siente un poco de vergüenza, pero enseguida lo olvida. Eso no es cosa de hombres, y él siempre lleva la cabeza alta. Duda si darle otra oportunidad al güisqui, con la irracional esperanza de que eso lo arregle todo, pero decide que cuanto menor sea la deuda, mayor posibilidad tiene de salir de allí sin complicarse la vida. De camino al baño, se palpa el bolsillo de los vaqueros. La navaja sigue en su sitio, como parte de su pierna.

Ya en el interior del aseo, empieza el baile de excusas. «Ya pagué mi deuda con la sociedad, como para encima pagarme unas copas». Empieza a orinar y baraja la idea. No le convence. Vuelve al ataque. «La cerveza estaba caliente». Mira al chorro como esperando respuesta. Tampoco le sirve. Algo le sigue molestando más allá del hipotálamo. «Cuando reabres un establecimiento, debes conservar las cuentas de los viejos clientes». Las últimas gotas alivian la vejiga a la vez que la conciencia.

—Sí, joder —dice a las baldosas de color rojo fuego—. Soy cliente de toda la vida.

Recompone su atuendo, obsoleto pero decidido, y da un último repaso a la uniformidad de su pelo engominado frente al espejo. Entonces repara en la máquina que tiene a su espalda. No le interesa el diseño, ni los preservativos que expande, solo reconoce la familiar rendija de algo que acepta monedas —y por tanto, es susceptible de devolverlas—. Se siente joven al instante, recordando cepillos de iglesias y cabinas de teléfonos. Antes siquiera de pensar en forzar sus tuercas, sus manos ya han abierto la navaja.

No se le antoja difícil y supone que tendrá dinero. Esos sofás con plumas tienen pinta de ser mano de santo para aflojar las cremalleras.

Examina con cuidado el artefacto, donde la palabra *Durex* brilla con luz propia, y pronto encuentra el punto débil: una pequeña grieta junto a la cerradura. Coloca la punta de la navaja en la hendidura y golpea de forma rápida el mango, consiguiendo que la punta fuerce un poco la hojalata de la máquina expendedora. Esta violación metálica produce un ligero crujido que, de un modo enfermizo, consigue bombear algo de sangre a su pene. Por primera vez desde que es libre, piensa en el sexo, y se promete a sí mismo una visita a La Colina. Vuelve a golpear de nuevo, como un amante insistente, hasta que la punta de la hoja penetra unos dos centímetros junto a la cerradura. Entonces, hace palanca.

Una suerte de pulso de robot se produce enseguida, y consigue que la navaja proteste en todos sus muelles. La flexibilidad del metal empieza a ceder, mientras que la cerradura permanece inmóvil como un soldado en su garita. Aunque una vez fijado el tesoro, no piensa rendirse. Fuerza un poco más la navaja hasta que ambos aceros empiezan a sudar astillas. Sin embargo, el más brillante pierde, y la hoja se parte.

El puño conserva el mango, mientras que la fuerza acumulada hace que su mano recorra una trayectoria rápida y violenta que pasa irremediamente por la hoja clavada en la máquina.

—¡Su puta madre! —exclama en un grito susurrado.

Mientras se lava la mano ensangrentada, su única preocupación es no manchar su impecable camisa de flores.

4

Al salir del baño, no hay una multitud que le arroje, pero aun así no desiste en su intención de seguir adelante sin miedo. Con la famélica idea de que evitar la mirada del camarero puede llegar a convertirle en un hombre invisible, ni siquiera vuelve a la barra, sino que continúa caminando hacia la puerta completamente decidido.

—Perdone —consigue decir el camarero, calibrando el tono de seriedad.

Él continúa, interpolando su teoría de avestruz al terreno sónico, preguntándose si ignorando al camarero podrá también convertirse en un hombre insonoro.

—Oiga. Tiene que pagar las copas —insiste el chico, entonando más agresividad de la que puede permitirse.

—Hoy no llevo dinero. Apúntamelo en una cuenta y mañana paso a pagarte —responde ante las miradas de una pareja que está sentada en la barra.

—Lo siento. Aquí no fiamos.

—¿Cómo coño no vais a fiar?

La idea le parece inconcebible.

—Lo siento, caballero. No fiamos.

—¿Acaso no te fías de mí? —Un manto rojo empieza a cubrir sus ojos desde la parte de atrás.

—Lo siento —repite el chico empezando a contagiarse de ira.

—Pues ¿sabes qué? —dice, sin dejar de mirarle a los ojos—. Que te den por culo.

Sin más, se da la vuelta y empieza a caminar hacia la puerta.

Cuando el camarero salta la barra y se interpone en su camino, los viejos hábitos afloran y vuelve a empuñar la navaja mutilada. Ni siquiera el chico le ha puesto una mano encima cuando le clava en el cuello los dos centímetros de hoja supervivientes del asalto a la máquina de preservativos.

Un minuto después se pierde entre la multitud de la calle, mirando furioso una enorme mancha roja que ensucia la manga de su camisa. No sabe si será suya o del puto camarero, pero lo que sí sabe es que esos borrones rara vez consiguen limpiarse.

—Ya la jodiste, Amadeo —se dice a sí mismo—. Así, ni imperio ni hostias.

¿Te ha gustado?

Si quieres saber que ocurre a continuación puedes adquirir el libro digital o en papel en:

http://www.hermenaute.com/libro.php?id_libro=6

o directamente en Lektu

<https://lektu.com/l/editorial-hermenaute/los-agujeros-de-las-termitas/5093>